

que hasta el agua, y nadando con gran velocidad se dirigieron hacia la orilla, donde se veía una gran hoguera sirviendo de faro. A pesar de haberse notado al momento la huída de las indias y de haber salido inmediatamente un barco en su persecución, sólo se consiguió apoderarse de cuatro; las otras habían desaparecido en compañía de todos los demás indígenas, cuyas chozas se hallaron vacías á la siguiente mañana.

Colón decidióse á abandonar aquellos funestos parajes rodeados de pantanos semillero de fiebres, y buscar un sitio más á propósito para la fundación de una nueva colonia. Vientos contrarios obligaron á los barcos á buscar abrigo en una bahía situada 10 leguas al Este de Monte Cristo, y habiéndola reconocido minuciosamente, la hallaron de tan excelentes condiciones que decidieron permanecer en ella. No sólo era espacioso su puerto y tenía un terreno muy fértil y en forma de cordillera, que parecía hecho á propósito para instalar una colonia, sino que estaba perfectamente defendida de un lado por una muralla natural de rocas, y del otro por un bosque virgen de cactus y otros arbustos impenetrables. En las cercanías había dos ríos, con cuya corriente podía moverse una serie de molinos, y además abundaban en ellos toda clase de sabrosísimos peces; el suelo era extraordinariamente fértil, y apenas á un tiro de flecha de distancia se hallaba un pueblo indio, con cuyos habitantes podían comerciar. Según informes de estos indígenas, las ricas minas de oro de Cibao se hallaban á no muy gran distancia.

Por lo tanto empezóse la construcción de la primera ciudad del Nuevo Mundo, á la que dió Colón el nombre de Isabela en honor de su regia protectora.

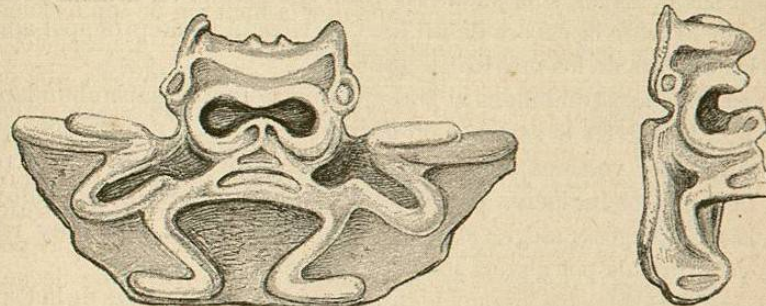
Se hicieron calles y plazas, una iglesia, residencia para el almirante, y además un almacén, todos estos edificios de piedra; las casas restantes se construyeron de madera, arcilla y caña, y toda la ciudad estaba rodeada de una muralla de piedra.

Durante la construcción de estos edificios envió Colón dos expediciones á las montañas de Cibao y Niti para registrar las minas de oro. Ambas dieron éxtraordinarios resultados, y sobre todo la que estaba á las órdenes de Ojeda, que halló en los ríos, en las arenas y en las peñas tanto oro que no pudieron dudar de la inmensa riqueza de este precioso metal que atesoraba aquel país.

Mas al regocijo producido por el brillante porvenir que se abría para la nueva colonia, tenía que mezclarse una gota de acíbar. Bien pronto se comprendió que en los alrededores de Isabela abundaban las fiebres. Como espíritus invisibles deslizábanse los nocivos vapores postrando en el lecho á uno después de otro. Tampoco Colón fué respetado, y tuvo que luchar meses enteros con ellas interrumpiendo su actividad. Pero en cuanto se

vió restablecido de su enfermedad, al frente de una escogida hueste dirigióse á las montañas de Cibao para ocupar el país del oro. Al son de una música guerrera y con flotantes banderas abandonó la brillante expedición, compuesta de más de 400 personas, la colonia de Isabela, llegando á los pocos días á aquella maravillosa y alta llanura que comprende la parte más hermosa y fértil de la isla, y que bajo el nombre de *Vega Real* es célebre, aun más allá de las Indias Occidentales.

Por todas partes vieron confirmadas las afirmaciones de Ojeda referentes á la riqueza en oro de esta montaña, y las investigaciones llevadas



Visto por delante

Visto de costado

Un *Zemi*. Hallado en Vega Real y en la actualidad en poder del autor

á efecto dieron tan brillantes resultados que el médico Chanca termina su relato con las siguientes palabras: «Así, pues, desde este momento nuestros soberanos pueden considerarse los monarcas más ricos y dichosos del mundo, pues hasta nuestros días no se ha visto cosa semejante. Indudablemente será tan considerable la cantidad de oro que en nuestro próximo viaje conduzcan á España nuestros barcos, que ni aún viéndolo uno con sus propios ojos lo creerá posible. Quien no me conozca me tomará por un desvergonzado charlatán; mas Dios es testigo de que es cierto todo lo que aseguro.»

Con los habitantes de Vega Real entablaron los españoles las relaciones más amistosas; mostrábanse éstos hospitalarios y amigos de paz, admirando con no fingido asombro á los extranjeros con sus brillantes armaduras, relucientes armas y abigarrados trajes. Sobre todo lo que más les llamó la atención fueron los jinetes, cosa nunca vista por ellos, al extremo de que al principio creían que hombre y caballo eran un solo ser; así es que, al verlos desmontar, retrocedieron aterrorizados aquellos sencillos hijos de la naturaleza al ver que de un ser habíanse formado dos completamente independientes uno de otro.

Pero si grande era el interés que excitaban los españoles entre los primitivos habitantes de la isla, no era menor el que ellos experimentaban ante los extraños usos y costumbres indígenas. Según las descripciones de Chanca y del hermano Román, contemporáneo de éste, acostumbraban ambos sexos á pintarse todo el cuerpo, los unos de negro y los otros de blanco ó encarnado, pero siempre formando los más raros dibujos.

Algunos llevaban las imágenes de sus *Zemis* ó dioses protectores pintadas sobre la piel, y además se cortaban el pelo de mil extrañas maneras, dejando aquí y allí algunos mechones. «Es imposible, dice Chanca, describir sus peinados; sólo puedo asegurar que lo que en España podría amontonarse sobre la cabeza de un loco, se ve aquí como principal adorno en las cabezas de los más distinguidos.»

No estando acostumbrados al trabajo, puesto que la superabundante naturaleza les ofrecía el sustento en gran abundancia, y no teniendo que preocuparse por vestidos en aquel clima siempre tan templado y tan igual, llevaban los indígenas una existencia muy feliz, rindiendo culto á toda clase de juegos y alegres danzas, la cual existencia sólo muy rara vez se veía turbada por alguna invasión guerrera.

A semejanza de todos los pueblos americanos, los habitantes de la Española eran muy dados al baile y poseían gran variedad de danzas. No eran menos aficionados al tabaco, cuyas hojas echaban sobre carbones enrojecidos, absorbiendo el humo por medio de un tubo en forma de Y, metiendo la rama inferior en el humo y las dos superiores en los agujeros de la nariz.

Fumaban hasta perder el sentido, y nadie se ocupaba de ellos; lo más que hacían las mujeres de los caciques era llevar á éstos á su hamaca.

Tanto como al tabaco eran aficionados los isleños á una especie de vino que preparaban las mujeres del modo siguiente: cogían granos de maíz verde y los mascaban lentamente, escupiendo el jugo en una vasija, en la cual le cocían más tarde, y finalmente lo colaban. El grabado que acompaña á la página siguiente, copia de una lámina en madera procedente del cronista Benzoni, explica este procedimiento, que aún se usa en muchas de las islas Polinesias.

Preocuparse acerca del porvenir de la materia y del espíritu parece que no era muy del agrado de aquellos hijos de la naturaleza, que se limitaban á invocar el auxilio de sus dioses protectores ó *Zemis*, ídolos hechos de barro, madera ó algodón, y que sujetaban á su frente en caso de guerra.

En casos de enfermedad reunían en consejo á los llamados *Butios*, los sacerdotes y las hechiceras, que sabían darse gran importancia por medio de toda clase de supercherías y artificios, influyendo á veces notablemente

en el ánimo de los caciques y de los pueblos. Eran aficionados sobre todo á hablar por boca de sus *Zemis*, es decir, por medio de ingeniosísimas bocinas ó cerbatanas subterráneas que iban á parar á la boca de los ídolos, y desde las cuales decían sus oráculos al pueblo. A ellos estaba también confiada la curación de los enfermos, la cual trataban de alcanzar envolviendo á éstos en verdaderas nubes de humo de tabaco y dando grandes voces para expulsar á los espíritus malignos que se hubiesen apoderado de sus cuerpos.

El grabadito que acompaña á la pág. 319, procedente también del cro-



Preparación del vino en la antigua Española. (Según una lámina sobre madera de Benzoni)

nista Benzoni, no sólo es interesante por representar una de estas curaciones, sino que representa al mismo tiempo la construcción de las cabañas indígenas y el modo que tenían de sujetar las hamacas.

Si no le era posible al *Butio* curar á un enfermo y comprendían que se moría, le daban muy poco alimento y lo abandonaban tranquilamente á su suerte; á las personas principales y á los caciques los estrangulaban para ahorrarles los tormentos de una larga agonía. Los cadáveres eran quemados, ó los enterraban en cavernas.

El llamado *culto de los antepasados*, es decir, el honrar á los difuntos, parece haber estado en aquel tiempo en todo su apogeo, pues en muchas chozas de indígenas se hallaron cráneos cuidadosamente preparados.

Una figura de algodón tejido, hallada en una cueva de las cercanías de Maniel, al Oeste de Santo Domingo, que medía 75 centímetros de

altura y poseía una calavera cubierta también con un tejido de algodón y ojos artificiales artísticamente colocados, es una muestra del referido culto. Como esta extraña figura será acaso la única que ha llegado á nuestros días, nos parece de doble interés hacer aquí mención de ella.

Como Colón había decidido la explotación de las ricas minas de Cibao, le acompañaba un número de mineros con este objeto, y para protegerlos mandaron erigir un fuerte al que dieron el nombre de Santo Tomás. Terminado éste, dióle Colón una guarnición de 56 hombres, y altamente satisfecho del resultado de su expedición, volvióse á Isabela para continuar desde allí sus viajes de exploración, interrumpidos por los dichos trabajos. Dejando de gobernador de esta isla á su hermano Diego, se hizo á la vela el 24 de abril de 1494, llevando á sus órdenes tres barcos, llamados *Niña*, *San Juan* y *Cordera*, en dirección Oeste; tocó ligeramente en los puertos de Monte Cristo, La Natividad y San Nicolás, cruzó el estrecho que separa á Española de Cuba, y dirigióse á esta última para explorar sus costas meridionales.

Primero descubrieron allí el bello y espacioso puerto de Puerto Grande, llamado hoy Guantánamo, sorprendiendo á gran número de indígenas que se dedicaban á la pesca. Estos habían sido enviados por un cacique del interior para coger gran cantidad de peces, con que pensaba obsequiar á otro jefe amigo dándole un festín. Como al acercarse los españoles huieron los indios dejando abandonada su pesca, éstos, sin titubear, se apoderaron de ella altamente regocijados. Pero cuando más tarde consiguieron hacer perder el temor á los indios, que los miraban desde una altura, y que se acercasen á ellos, les indemnizaron cumplidamente de la pérdida que habían sufrido, separándose en paz de ellos.

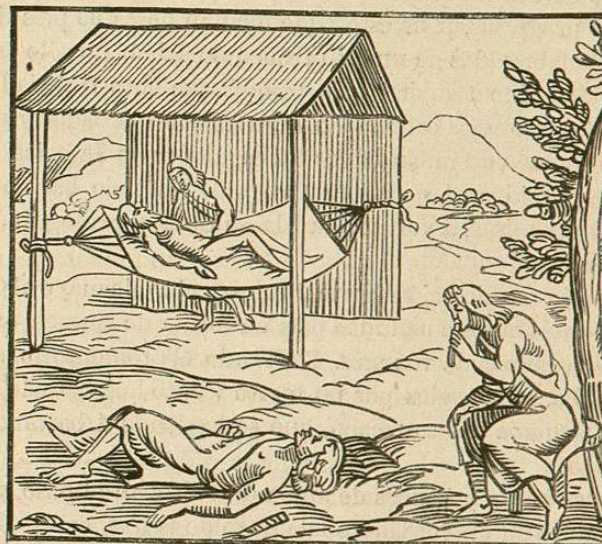
También tuvieron el mismo pacífico carácter otros encuentros con los habitantes de la citada costa. Los indígenas iban á la plaza llevando frutos, agua y flores, que ofrecían á los extranjeros, pues los creían descendidos del cielo. Prosiguiendo su viaje llegaron los españoles á la hermosa bahía de Santiago de Cuba y siguieron hasta las altas paredes de roca que bajan perpendicularmente al mar al Este del Cabo de Santa Cruz, dirigiéndose desde allí directamente en dirección Sur, puesto que los habitantes de Cuba habían indicado unánimemente ésta al preguntarles por oro, afirmando que en aquella dirección estaba situada una gran isla que contenía gran cantidad de este precioso metal.

Y, en efecto, no habían andado muchas leguas siguiendo la mencionada ruta, cuando aparecieron á sus ojos, como brotadas de mágico pincel en la transparente atmósfera, las cordilleras de Jamaica, la tercera de las Antillas, rodeadas de nubes.

Cuanto más se acercaban á esta magnífica isla, más se embelesaban

ante sus encantos, que entusiasmaron de tal modo á Colón que decía que sólo podía ser comparada esta isla con los valles de los bienaventurados.

Pero los habitantes de este edén parecían firmemente decididos á impedir toda invasión extranjera, pues salieron con más de 70 canoas al encuentro de la escuadra, dispuestos para la guerra, adornados con plumas y pintado el cuerpo de colores chillones, blandiendo sus lanzas en medio de ronca y estridente gritería. Afortunadamente las pacíficas palabras de los intérpretes, así como algunos regalos, calmaron el furor de que se hallaban poseídos, no oponiendo resistencia á que anclasen los barcos en



Curación de los enfermos. (De una lámina en madera de Benzoni)

una bahía á la que Colón bautizó con el nombre de *Santa Gloria*, en atención á la belleza de sus alrededores.

También los habitantes de otro puerto situado á dos leguas al Oeste de Santa Gloria, donde llegó el Almirante al siguiente día, mostráronse al principio en son de guerra saludando á los barcos con una nube de flechas, á tal punto que se vieron precisados á enviar algunos botes con hombres armados, los cuales hicieron huir bien pronto á los indios después de algunos disparos bien dirigidos. En este ataque contra los habitantes de la isla hicieron uso por primera vez de un perro de presa que, ladrando furiosamente, corría detrás de éstos, sembrando gran pánico entre ellos. La cruel costumbre de azuzar á los perros contra los indígenas y hacerlos perseguir por estos animales fué ampliamente puesta en práctica más adelante.

Después de la dispersión de los indios tomó el Almirante en toda forma posesión de la isla, dándole el nombre de Santiago, que tuvo que ceder más tarde el puesto al antiquísimo de *Jamaica*.

Al día siguiente acercáronse los indígenas en actitud más benévola, entabláronse transacciones de objetos entre unos y otros, y pronto fueron tan cordiales las relaciones entre indígenas y españoles como las mantenidas con los habitantes de las otras islas que habían visitado anteriormente.

En algunas cosas se distinguían favorablemente los indígenas de Jamaica de los de Cuba: por ejemplo, en lo referente á sus botes habían hecho grandes progresos, pues éstos, que medían hasta 96 pies de longitud y habían sido fabricados de un solo tronco de árbol, no sólo estaban mejor contruidos, sino también más primorosamente trabajados, y sobre todo en ambos extremos ostentaban ricos adornos tallados y pintados.

Pero el oro que esperaban hallar los españoles en Jamaica buscaronle inútilmente, por lo cual decidióse Colón, después de bastantes días de infructuosas pesquisas, á volver á la isla de Cuba y proseguir allí sus investigaciones.

Timoneando en dirección Norte, llegaron el 18 de mayo al Cabo Cruz, última embocadura de aquel alto país en forma de meseta que hacia el Este se va elevando cada vez más. Rodeando el promontorio, se hallaron al siguiente día, impulsados por un fuerte viento huracanado, en la espaciosa bahía formada por este cabo, que se extiende á bastante distancia hacia el Oeste.

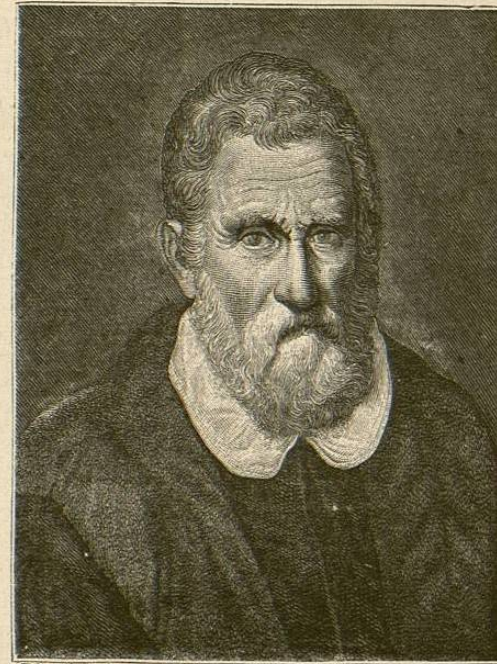
Numerosas islitas y bancos de arena dificultaban el paso, y pronto hallóse la escuadra en un verdadero laberinto de islitas, agrestes unas y pobladas otras, á las que dieron el nombre de Jardín de la Reina.

Por más que Colón hubiese sabido días antes por un cacique que vivía en Cabo Cruz, que Cuba era una isla tan grande que ni él ni sus gentes habían llegado nunca hasta el extremo de ella, siguió aferrado á su idea de que Cuba era el continente de Asia, creyendo que debía considerar al archipiélago como aquel que, según datos de Mandeville y Marco Polo, circundaba la costa del Asia comprendiendo más de 7,000 islas. Las islas estaban deshabitadas, y sólo en uno de los numerosos canales hallaron á unos indios que se dedicaban á la pesca, para la cual empleaban un rarísimo procedimiento. Para pescar peces mayores se servían de otros más pequeños, cuyas cabezas eran planas en su parte superior y estaban provistas de un aparato absorbente, por medio del cual se adherían tan fuertemente á cualquier objeto, que ni aún tirando con violencia podía desunirse al pececillo á no ser rompiéndole en pedazos.

Los indios aprovechaban esta particularidad atándole á la cola una

larga cuerda, y dejándole nadar luego en completa libertad. Al llegar al lado de cualquier otro animal, agarrábase fuertemente al vientre de éste, no soltando hasta que uno y otro estaban á bordo del bote. Los españoles fueron testigos de cómo cogieron una enorme tortuga por medio de este procedimiento (1).

Después de haber cruzado una y otra vez por las estrechas vías del precioso archipiélago, llegó Colón otra vez á las costas de Cuba, donde á



L. V. A.

Marco Polo

causa del nombre de *Mangón*, con el cual designaban una parte de la isla situada más al Este, se afirmó más en su creencia de que se hallaba en Asia, creyendo que *Mangón* era idéntica á *Manji*, que, según describe Marco Polo, era la más rica provincia del Gran Jan y tocaba en el Océano.

(1) Por inverosímil que parezca esta historia, está fundada en hechos comprobados. Un día que el autor de esta obra se dedicaba á la pesca desde un vapor en la bahía de Samana, picó el anzuelo uno de estos pececillos; pero por más esfuerzos que hizo no consiguió subirlo á bordo, pues á la más pequeña tentativa se aferraba de tal modo con su aparato absorbente á la obocadura del buque, que se hallaba bajo el agua, que era imposible desasirle de ella, consiguiendo sólo con tanto tirar, que se rompiese el cordelillo y huyese el pez.

Esta alucinación del Almirante no debe parecer extraña, puesto que las condiciones de estos países concordaban al parecer completamente con las descripciones del Asia Oriental, hechas por Mandeville y Marco Polo, y tampoco los cálculos cartográficos de Toscanelli daban lugar á otras conclusiones. No se tenía idea siquiera de que la circunferencia de la Tierra fuese en realidad mucho más grande que la admitida, y que no era sólo todo un continente el que separaba á Cuba del continente asiático, sino también el más poderoso Océano del mundo, completamente desconocido aún en aquella época por todos los europeos.

Convencido de estar cerca de los grandes mercados de la India, navegaba Colón cada vez más hacia Occidente siguiendo á lo largo de la costa, en la cual los pueblos se unían unos á otros. De todas partes iban los indígenas en sus canoas llevando flores, frutas, papagayos y otros productos del país á los barcos, é invitando á los extranjeros á visitar sus hogares.

Fué en verdad una travesía maravillosa y que cada día suministraba nuevo campo á las observaciones. En las cristalinas aguas nadaban peces que competían en brillantez y magnificencia de colores con los pájaros que revoloteaban en la transparente y azulada atmósfera. La playa, llena de bosques de palmeras, se veía cubierta de las más preciosas conchas. Tortugas gigantescas de tamaño nunca visto, flamencos de color de escarlata y garzas blancas y color de plata animaban los pantanos. Si el viento procedía de tierra llevaba hasta los barcos los más exquisitos perfumes, así como las entrecortadas notas del cadencioso ritmo con que acostumbran á acompañar sus bailes y fiestas los indígenas. Debe de darse crédito á las palabras del Almirante cuando asegura que en aquellos deliciosos países le habían parecido las noches de una hora de duración.

Pronto se vieron los navegantes enfrente de un segundo archipiélago compuesto de islitas, al propio tiempo que mostraba el mar una coloración blanca muy particular, motivada por las finas partículas calizas que constituían un gran banco cenagoso.

Con gran cuidado pasaron aquel peligroso sitio para llegar nuevamente á la costa de la isla principal.

Un cúmulo de noticias de todas clases, suministradas por los indígenas y mal interpretadas por los navegantes, habían á tal extremo excitado la imaginación de éstos, que á veces creían ver cosas que no existían en realidad. Por ejemplo, uno de los españoles decía haber hallado, al hacer una excursión, una gran fila de hombres armados, á los que precedían sacerdotes con blancas vestiduras (1). Otros creían ver en las huellas de

(1) Irving sospecha que el español tomó equivocadamente una bandada de grullas por un tropel de hombres armados, pues no es conocido que los primitivos habitantes de Cuba hayan usado vestiduras.

los aligátors las del fabuloso pájaro *Greif* ó *Grifo*, que guardaba los dorados tesoros de la montaña. Colón mismo estaba preparado para el encuentro que esperaba tener cada día con aquellos habitantes del Asia Oriental que, según descripción de Mandeville, llevaban largas vestiduras

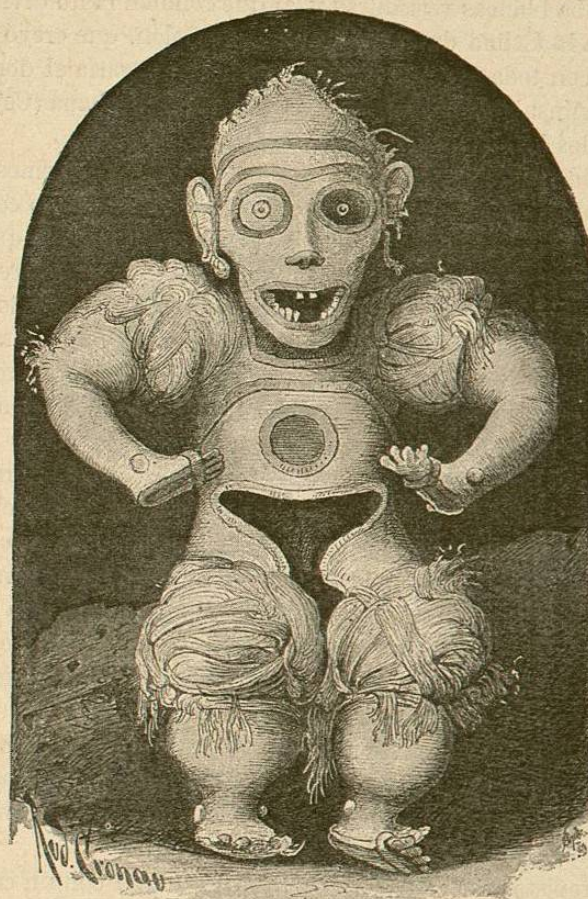


Figura hecha de algodón en una calavera hallada en una cueva cerca de Maniel (Santo Domingo)
Dibujada por R. Cronau, de los originales que se conservan en dicha isla.

con el solo objeto de ocultar las largas colas que tenían, á semejanza de los monos. Tan grande era el crédito que en aquella extraña época se prestaba á todas estas fantásticas narraciones.

Bastantes días siguió Colón navegando siempre en dirección Occidental á lo largo de las orillas de Cuba hasta llegar á aquel paraje donde la costa vuelve hacia Sudeste,